



Año XLIX

Orihuela 1 de Septiembre de 1932

Num. 1169

Fundador: D. ADOLFO GLAVARANA

DEBE Y HABER

DEBE el hombre el sentido de la vista

No vivo a oscuras, ni soy ciego. Dios, que crió la luz, me dió el sentido de la vista, para que conociese el mundo iluminado por ella y admirase sus bellezas.

Mis ojos pueden contemplar la tenue claridad del alba, los encendidos arboles de la aurora, el dorado esplendor del sol, los colores inimitables del crepúsculo vespertino, la argentea luz de la luna en plenilunio y la magnificencia del cielo estrellado en la noche serena.

Puedo admirar las gigantescas molés de las montañas con sus oscuras cabelleras de añosos pinos, la azulada inmensidad del mar puesta en constante movimiento, la frondosidad de los bosques, la amenidad de los prados, el verdor de las campiñas y la fertilidad y hermosura de las vegas que bañan los ríos.

Las bellas construcciones de la arquitectura, las maravillas de la escultura y de la pintura que guardan los museos, las riquezas que en los archivos depositó la historia, los millones de libros que la ciencia dejó en las bibliotecas, todo cuanto de notable hay en los pueblos edificados por la mano del hombre y que la fotografía fielmente reproduce, todo lo puedo contemplar y admirar, mientras no se apague la luz de mis ojos.

Veó el cielo de mi patria, la torre de

mi pueblo, el interior de mi hogar, los rostros de las personas que amo; y puedo, en fin, verme a mí mismo cada vez que quiera, puesto que conservo el sentido de la vista que Dios me dió.

Desde que abrí los ojos a la luz y los seres todos del mundo exterior comenzaron a penetrar por las lentes de mis pupilas, yendo a grabarse en la placa viva de mi retina, empezó a formarse también la riquísima galería fotográfica que contiene los cuadros que conservan la memoria fiel de todos los lugares, personas y cosas, testigos todos de mi vida pasada.

Como es bella la luz, que revela toda la hermosura que Dios puso en la creación, obra de su infinito poder, así es bello el sentido de la vista que manifiesta al hombre toda la belleza y hermosura del mundo criado; puesto que para el hombre ciego, la hermosura de la luz y la del mundo iluminado por ella, es como si no fuese.

Loor, pues, a Dios, que dió al hombre el sentido de la vista, para que pudiese admirar las bellezas del cielo y de la tierra, y alabarle a Él como Autor y Dueño de tanta hermosura.

El sentido de la vista es mi HABER

Tengo recibido de Dios el sentido de la vista, aparato completo, vivo y apto para los usos de mi vida, el cual llevo montado y perfectamente acon-

dicionado en la parte más alta del edificio de mi cuerpo, que es la cabeza.

Lo que vale este mirador doble que el hombre tiene en su rostro y la utilidad de los servicios continuos que presta, solo lo puede saber el ciego, que tiene perpetuamente cerradas las dos ventanas por donde llega la luz del día hasta el fondo del alma.

Tres mundos están patentes al hombre que tiene vista: su mundo propio, que es el de tamaño natural; el mundo del telescopio, que es el de proporciones colosales e inmensas; y el mundo del microscopio, que es el de dimensiones de inverosímil pequeñez.

Toda la verdad, bondad y belleza del mundo físico y moral, como toda la mentira, maldad y fealdad que estos dos mundos pueden contener entran constantemente por los ojos del hombre y van a estamparse en su retina, impresionando su alma y moviéndola en forma de ejemplos vivos.

Antes los ojos del hombre se presentan la verdad y el error, el bien y el mal, el vicio y la virtud. La verdad, el bien y la virtud como ejemplos dignos de ser retenidos e imitados. El error, el mal y el vicio como ejemplos que se deben evitar, huir y detestar.

Como ningún fotógrafo emplea su máquina, ningún astrónomo su telescopio, y ningún químico o biólogo su microscopio en fines ajenos o contrarios a los que ellos mismos se propusieron al proveerse de estos instrumentos, así tampoco debe emplear en

vano el sentido de la vista el hombre, ni en usos contrarios al fin que Dios impuso a este sentido, cuando se lo dió.

Como Dios prohíbe la obra del pecado, prohíbe su deseo y como prohíbe el deseo, prohíbe lo que da ocasión o motivo a él; por consiguiente siendo la visión lo que principalmente mueve el deseo, puesto que lo desconocido no se desea, de aquí el que Dios prohíba al hombre ver, lo que no le es lícito desear.

Luego al hombre criado para la verdad, para el bien y para la virtud, le es lícito ver la verdad para abrazarla, el bien para amarlo y la virtud para seguirla; debiendo apartar sus ojos del error, del mal y del vicio, para no desearlos, puesto que tiene el deber de evitarlos, huirlos y detestarlos, como contrarios al fin para que Dios lo crió, a cuyo fin está subordinado el del sentido de la vista.

† J. Maciá

EL DESPIDO

Acaeció lo que voy a narrar, hace pocos meses, en un lugarcito cestoneiro de una de las provincias del Norte.

Era maestro de la escuela municipal, y entiendo que aún lo es, un sujeto llamado D. Juan Manuel. El pueblo le estima por su temperamento afable y por el celo que siempre ha desplegado en su función pedagógica.

Cuando yo le conocí, no hace muchos años, era un hombre silencioso y triste. No siempre había sido así a lo que oí decir. En otro tiempo aparentaba ser alegre y chismoso; hasta componía versos que los niños de la escuela recitaban en las solemnidades y romerías. Pero el único hijo que tenía, navegando como piloto en un barquito de vela, había perecido ahogado en un naufragio frente a la Coruña. Desde entonces su carácter había cambiado tanto que apenas se le podía reconocer. El tiempo que no permanecía en la escuela lo pasaba orando en la iglesia.

En efecto, recuerdo que alguna vez en que se me antojaba entrar en la

iglesia a la hora del crepúsculo, solía ver a D. Juan Manuel en un rincón postrado ante una imagen de Jesús crucificado. El dolor de aquel desgraciado padre no podía menos de conmoverme.

Pues no hace mucho se hallaba este viejo maestro en el estrado de la escuela sentado delante de su mesa corrigiendo y clasificando las planas de los discípulos. Era ya cerca de medio día. Los niños, sentados en los bancos, como se aproximaba el momento de salir, charlaban libremente.

Se abrió la puerta de la escuela y apareció el alguacil del Ayuntamiento. Cruzó el salón, se acercó al estrado y entregó ceremoniosamente al maestro un sobre cerrado invitándole a que lo firmara. D. Juan Manuel lo abrió y lo devolvió firmado.

Cuando el alguacil hubo traspuesto la puerta y el maestro vió lo que el papel contenía, se puso pálido. Era un oficio del alcalde ordenándole que hiciera desaparecer de la escuela el crucifijo.

Permaneció inánime y cabizbajo unos minutos. Al fin, volviendo la cabeza y dirigiendo una mirada angustiosa al crucifijo que detrás de él pendía de la pared, se levantó, avanzó hasta el borde del estrado y comenzó a hablar con voz apagada.

«Hace dos mil años, hijos míos, que nació en un apartado rincón del Imperio romano, allá en la Palestina, un hombre que se atrevió a decir lo que nadie había dicho hasta entonces: que todos los hombres somos hermanos; que el esclavo y el obrero valen tanto como los reyes y los señores; que el reino de los cielos no estaba reservado para los ricos y poderosos, los que disfrutaban de todos los goces de la tierra, sino para los humildes, para los que trabajan y padecen persecuciones de la justicia, para los que sufren y lloran. «No poseáis dinero—decía a sus discípulos—ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni bastón, porque el obrero merece que se le alimente.» Este hombre, como todos sabéis, era el mismo Verbo de Dios. Y el Hombre Dios fué particularmente apasionado de vosotros los niños. «Dejad que los niños vengan a

mí», decía, y otras veces decía a los hombres: «O niños o como niños.»

Por decir tales cosas fué ajusticiado una tarde en Jerusalén, haciéndole morir ignominiosamente sobre una cruz. Pero los hombres, arrepentidos de aquel crimen, besan desde hace dos mil años los pies del ajusticiado que murió por su amor.»

Quedó suspenso el maestro unos instantes, y al fin prosiguió bajando más la voz:

«Hoy la autoridad me ordena expulsar del local de la escuela la imagen del Dios de los niños y los trabajadores. Y yo no tengo más remedio que cumplir las órdenes de la autoridad.

Diciendo y haciendo, D. Juan Manuel montó sobre una silla y con manos trémulas descolgó el crucifijo. Con él en la mano se dirigió de nuevo a los niños.

«Acordaos, hijos míos, que muchas veces os habéis postrado ante este santo crucifijo, pidiéndole salud para vuestros padres y hermanos y consuelo para todos los que padecen en este mundo, trabajan y lloran. Si alguno de vosotros lo quiere con particular afecto y desea colocarlo en sitio de honor dentro de su casa, yo se lo cedo de buena voluntad.»

Un niño rubio, con los ojos brillantes y las mejillas inflamadas, se levantó del asiento, avanzó hasta el estrado y profirió con voz recia:

—Todos lo queremos.

—¡Sí; todos, todos!—gritaron a la vez otros niños.

—Pues bien, queridos niños, a vosotros lo confío. Es vuestro mejor amigo y lo será hasta la hora de la muerte.

Lo llevó a los labios y lo depositó en manos del niño rubio.

Después se dejó caer pesadamente en un sillón y doblando la cabeza permaneció inmóvil.

Los niños le contemplaron silenciosos y estremeidos. Y apoderándose luego del crucifijo, unos gritando, otros llorando, cubrían de besos la imagen del Redentor.

Armando Palacio Valdés

La Guerra al Sacerdocio

Era una noche pavorosa: un cielo sin astros pesaba sobre la tierra como una lápida de mármol negro sobre una tumba... Nada turbaba el silencio de la noche sino un ruido extraño, como el ligero batir de alas, que de vez en cuando escuchábase por encima de los campos y de las ciudades.

Se hacían entonces más densas las neblanas, y, sin saber porqué, las almas se estremecían de espanto y de terror.

En una sala tapizada de negro e iluminada por una lámpara rojiza, siete hombres repugnantes y terribles estaban sentados sobre sendos sillales de hierro. Tenían escritos sobre la frente los pecados capitales; cada frente llevaba uno de esos nombres, de manera que allí se hallaban reunidos todos los pecados. Nadie podría discernir si eran demonios o bien hombres poseídos por el demonio.

En medio de la sala se elevaba un trono compuesto de huesos humanos, y al pie del trono, a guisa de escalabel, había un crucifijo echado por tierra.

Y los siete hombres parecían pensativos y tristes, y del fondo de sus órbitas hundidas, sus ojos, de tiempo en tiempo, dejaban escapar fulgores de un fuego lívido.

Uno de ellos, habiéndose levantado, se aproximó al trono tambaleándose y puso el pie sobre el crucifijo.

En ese momento, sus miembros temblaron y parecía que iba a desfallecer. Los otros lo miraban inmóviles; no hicieron el menor movimiento, pero un no sé qué pasó por sus frentes y una sonrisa que no era humana contrajo sus labios.

El que se había puesto de pie extendió la mano, irguió la cabeza, y este grito salió de su pecho como un sordo estertor: «¡Maldito sea el Cristo que nos ha arrebatado la libertad de la carne y la libertad de pecado!»

Después de lo cual, habiéndose vuelto a sentar sobre su sillal de hierro, dijo:

—Hermanos míos, ¿qué haremos para recobrar nuestra libertad y para destruir el reino de Cristo? Donde El

reine no podemos nosotros reinar, y nuestra causa es común, porque un pecado es el aliado de todos los pecados. ¡Que cada uno proponga lo que le parezca bueno! Y en cuanto a mí, he aquí lo que propongo: Antes de que viniera Cristo, ¿quién era el que ponía trabas a nuestras concupiscencias y lujurias? Su religión nos arrebató la libertad; reconquistémosla aboliendo la religión de Cristo.

Un segundo, avanzó hacia el trono y dijo:

—Para abolir la religión de Cristo es necesario arrebatarse a los hombres la verdadera ciencia, porque la ciencia verdadera conduce por sí misma a la doctrina de Cristo. Enaltezcamos, pues, el valor de las ciencias, recomendemos la difusión de la luz, multipliquemos los métodos de enseñanza; pero confiemos las escuelas a los maestros de la iniquidad. Sólo así podremos abolir la verdadera ciencia.

Un tercero, dijo:

—Cuando hayamos abolido la religión y corrompido las fuentes de la verdadera ciencia, habremos hecho mucho, pero nos quedará todavía algo que hacer. Es necesario difundir por todos los pueblos los vicios y desórdenes de cada pueblo. Para esto es preciso echar abajo las barreras naturales que separan a los pueblos entre sí, facilitar las comunicaciones y el comercio, quitar a cada nación sus usos y costumbres, predicar el progreso de la civilización; así propagaremos en medio de cada pueblo el vicio de todos los demás pueblos, haremos del mundo entero un sólo país y del género humano una sola cloaca.

Y todos respondieron:

Es verdad; hagamos del mundo entero una sola cloaca y de todos los pueblos un solo pueblo.

Y un cuarto, dijo:

Nuestro interés y el interés de los gobernantes no van de acuerdo; a éstos no les conviene que la impiedad y el error prevalezcan en medio de los pueblos. Podrían, por tanto, armarse contra nosotros y defender la religión de Cristo, puesto que la religión del Crucificado es la más sólida base de gobierno. Es necesario, por consiguiente, excitar la revolución y pro-

pagarla en todas las regiones de la tierra. Entonces los príncipes perecerán bajo el puñal asesino o serán forzados a desterrarse y a vagar por el mundo, y reducidos a la impotencia no podrán defender la religión de Cristo.

Y todos respondieron:

—Es verdad; propaguemos la revolución por todas las comarcas de la tierra.

Y un quinto, dijo:

—Mientras que la espada de la justicia se levante vengadora, las revoluciones serán imposibles y los pueblos no se resolverán a caer en manos del verdugo. Es necesario predicar la mitigación de las penas, asegurar la impunidad a todos los crímenes, y embotar el filo a la espada de la justicia.

Y todos respondieron:

—Es verdad; embotemos el filo a la espada de la justicia.

Y un sexto, dijo:

—Reconozco la utilidad de vuestras proposiciones; pero para arrancar la probidad del corazón de los hombres, antes es preciso embriagarlos en la voluptuosidad. Multipliquemos los placeres del cuerpo; concedamos a los campeones de los placeres sensuales el nombre y la corona de la virtud; pervertamos el juicio y por ahí pervertiremos el corazón del hombre.

Entonces el séptimo habló de esta manera, poniendo los pies sobre el Crucifijo:

—¡Abajo Cristo! ¡Muerte al infame y guerra eterna entre El y nosotros! ¿Pero cómo separar de El a los pueblos que le aman? Mientras haya templos, altares y sacerdotes de Cristo, ¡vana esperanza! Escuchadme: destruyamos los templos, arrebatemos el patrimonio del altar y persigamos a los sacerdotes. No habrá entonces nadie que sostenga los derechos de Cristo; no habrá nada que recuerde su nombre a la memoria de los pueblos. Y el pueblo será un rebaño sin pastor, seguirá nuestra voz y reinaremos sobre los templos destruidos y sobre los pueblos depravados.

Y todos respondieron:

—Es verdad; ¡destruyamos los templos, disipemos el patrimonio de los altares y persigamos a los sacerdotes!...

Y repentinamente la lámpara que iluminaba la estancia se extinguió, y los siete hombres se separaron en las tinieblas...

...Y fué dicho a un justo que en ese momento velaba y oraba ante la Cruz: «El consejo del impío perecerá; ¡ahora, sufre, espera...!»

Lamennais

El Papa Pío XI a los misioneros de la China Septentrional

Aliento, felicitación y un donativo de 50.000 liras.

El Papa de las Misiones acaba de dar una nueva prueba de su paternal afecto y simpatía inmensa a los evangelizadores de la China Septentrional. La prensa misionera ha hablado, repetidas veces, de la magnífica labor humanitaria que, en estos dos años, viene realizando en aquellas regiones, el Rvdo. Padre Rutter, antiguo Superior General de los Misioneros del Scheut. Dicho abnegado misionero trata de anular los estragos que realiza allí el tífus exantemático, particularmente entre el personal de las Misiones. Con este objeto, en compañía de un doctor húngaro, recorre los territorios citados inyectando un suero preventivo, con el que va logrando, hasta la fecha, resultados admirables. Desde el principio, la iniciativa del Padre Rutter contó con el apoyo y beneplácito más decidido del Santo Padre. Mas, he aquí, que el 4 de mayo último, Pío XI, en vista de los resultados tan eficaces que había obtenido su cruzada contra enfermedad tan terrible, dirige una carta de felicitación al citado misionero por mediación del Emmo. Cardenal Pacelli, Secretario de Estado de S. S. Y al bendecirla, tanto a él como a sus médicos y colaboradores, enviábale un cheque de 50.000 Liras para que pueda llevar a cabo una obra tan humanitaria e inspirada en sentimientos de fe tan elevados.

Este nuevo rasgo del Papa de las Misiones ha causado la mejor impresión en aquellas apartadas regiones de China.

Un anciano chino que se finge cristiano y... se convierte de veras.

TIENTSIN (China Septentrional.) No todas son espinas en tierras de China. También bellísimas flores. En la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias de esta ciudad agoniza un anciano chino, bautizado hace unos diez años. He aquí el proceso de su conversión. Intrigado por tantas y tan horrendas que lanzábanse allí contra el catolicismo, decidió informarse, personalmente, sobre el particular. Y fingiéndose cristiano, empezó a frecuentar la iglesia católica, donde dió con la Verdad. Maravillado con la belleza de las ceremonias y edificado ante la seriedad y compostura de los fieles que asistían a las mismas contrastefuerte con lo presenciado por él mismo en pagodas paganas cayó en brazos de sus sentimientos de rectitud y nobleza. Fué instruido y bautizado.

En estos diez años ha vivido como un católico de los más ejemplares. Diariamente asistía a Misa y frecuentaba los Sacramentos. El 15 de cada mes, fecha en la cual el Santo Padre celebra el Santo Sacrificio por la conversión del Extremo Oriente y especialmente en China, este cristiano fervoroso, uniéndose en espíritu a las súplicas del Padre de la Cristiandad, ofrecía a su vez la Comunión por aquellas intenciones.

El catolicismo, en su avance por tierras paganas, es detenido, tantas veces por barreras y obstáculos que derrúmbanse por sí mismas, con un poco de comprensión.

Corazón de Mártir

En una estación cercana a Zaragoza, al apearse en este verano del tren una madre con su niña de diez años, ostentando en sus pechos el crucifijo se precipita una máquina arrolladora y destroza a la angelical criatura.

Algunos ferroviarios burlándose decían: «¡Poco le ha valido el Cristo!»

La madre se yergue serena ante los trozos de carne de la que fué su hija y les contesta.

«Quedo muy tranquila y satisfecha, pues esta mañana había comulgado acompañando a su hermana en la profesión religiosa de cuya función venimos. ¿Quieren más datos?»

Actos tan sublimes tan sólo la religión cristiana puede inspirarlos. Esta madre casi tiene el pasaporte para el cielo.

Los verdaderos sabios

LE VERRIER

Fué el gigante de la Astronomía moderna, el descubridor del planeta Neptuno, sabio de primer orden, cuyos cálculos de mecánica sideral llenan doce volúmenes en folio.

LE VERRIER COLOCÓ UN CRUCIFIJO

en la sala principal del Observatorio donde tantos progresos había alcanzado para la ciencia.

LE VERRIER

espíritu noble y valiente no ocultaba su fe, hacía ostentación de su fe, con palabras y con obras, he aquí unas palabras suyas que son:

PALABRAS DE SABIO Y DE CREYENTE

«Decís que mis descubrimientos me han inmortalizado y elevado hasta los astros. Pienso aún subir más alto: espero ir al cielo».

«No solo soy católico, sino católico de parroquia».

«La ciencia astronómica confirma en mí las verdades perennes de la ciencia religiosa».

LAS SECTAS

¡Acaba de publicarse el primer número de LAS SECTAS, el libro revista de actualidad!

LAS SECTAS, biblioteca dedicada a estudiar las doctrinas heterodoxas antiguas y modernas y a combatir sus falacias y aberraciones en el orden religioso, moral y social.

Esta Biblioteca, elegantemente impresa, saldrá cada tres meses en volúmenes de unas 200 páginas, con profusión de grabados documentales en el texto y fuera del texto, formando un precioso libro. Cada número suelto costará cuatro pesetas y 14 la suscripción anual.

Precio de los volúmenes sueltos: 4 pesetas.

Remitiéndolos por correo certificado: 4'35 ptas.

Precio de suscripción a los cuatro volúmenes anuales, pago adelantado: 14 ptas., (franco portes)

Casa Editorial de Arte Católico
José Vilamala
Calle Valencia, 246—Barcelona